

EL DERROTERO DE LA UNIVERSIDAD: *un deber para la agenda pública*



Isaac de Paz González, profesor investigador de la Universidad Autónoma de Baja California. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt.



Resumen:

Las universidades son determinantes para explicar el funcionamiento del mundo y la sociedad. El autor, tomando en cuenta la democracia contemporánea, analiza el problema del cierre social y de infravaloración de las universidades como centros de progreso y propone que los poderes públicos confluyan en la universidad como espacio reflexivo que prioriza la verdad científica.

Desde sus orígenes —en catalizadores del pensamiento europeo y de la sabiduría occidental como Bolonia, La Sorbona, Oxford, Salamanca, Cambridge, Padua, Coímbra, Valladolid y otras, hasta nuestros centros y campus universitarios de provincia— las universidades han jugado un rol determinante en el desarrollo de las ideas, la filosofía humanista y las ciencias exactas, pues pretenden explicar el funcionamiento del mundo y la sociedad.

El objetivo no ha cambiado. Las universidades son generadoras de conocimiento, lo difunden, lo cuestionan y lo vuelven a armar a través de las revoluciones científicas creadas por sus integrantes. Sin embargo, ante los asedios de una época de ambigüedades, los medios y la filosofía de muchas universidades actuales se hallan en un constante cambio.

El problema del cierre social y de infravaloración de las universidades como centros de progreso nos hace plantear las siguientes preguntas: ¿cuál es el objetivo actual de las universidades?, ¿cuál es el derrotero que deben seguir para funcionar como guía de la sociedad?, y dentro de este escenario, ¿cómo podemos contribuir los universitarios a que el rol de la universidad emerja con mayor fuerza para influir en la racionalidad de las decisiones públicas?

En este breve ensayo responderé a las cuestiones planteadas tomando en cuenta las exigencias y ansiedades de la democracia contemporánea.

Sobre el objetivo actual de las universidades

La formación y la investigación son dos actividades sustantivas de las universidades. Ambos fines exigen un trabajo coordinado bajo criterios científicos. Y he aquí uno de los grandes problemas: las pautas presupuestales de la universidad, a pesar de su "autonomía", en gran medida dependen de las políticas públicas del Poder Ejecutivo y de la agenda del Legislativo. Poco se esmeran los agentes gubernamentales en seguir las recomendaciones de los organismos mundiales sobre el destino del gasto público en ciencia, y las universidades afrontan los recortes presupuestales. La progresividad cede ante los supuestos criterios tecnocráticos de contención del gasto público. En consecuencia, toda la política científica y educativa de las universidades se ata a las restricciones formuladas en sedes no universitarias. La respuesta de la universidad debe ser su reivindicación como espacio donde se genera el progreso de una nación. La exigencia entonces recae en la comunidad universitaria, en el ejercicio objetivo de la actividad estudiantil, investigativa, en la eficiencia en el uso de los recursos públicos, en la honestidad intelectual.

Sobre el derrotero de la universidad

El terreno natural del conocimiento científico es la universidad. Escritores, químicos, filósofos, juristas, economistas, arquitectos y grandes hombres y mujeres de ciencia, surgen de la universidad para alumbrar el camino de la humanidad. Especialmente, la universidad es el semillero de premios Nobel, de premios nacionales de ciencia, de los grandes avances tecnológicos, de los más recientes hallazgos históricos o de los descubrimientos y la cura de peligrosas enfermedades.

Pensemos, por ejemplo, en los grandes descubrimientos en torno a la civilización maya. En los proyectos que se llevan a cabo sobre los hallazgos y relaciones entre teotihuacanos y mayas convergen geógrafos, diseñadores gráficos, antropólogos, arqueólogos de universidades de México, Canadá, Estados Unidos, Francia y España (tal como lo demuestra *Naachtún, la ciudad maya olvidada*, de Stéphane Bégoïn; Francia, 2016). No se podría entender la formación del conocimiento contemporáneo sin la participación de los universitarios en todos los planos del conocimiento universal del pasado.

La convergencia de distintas naciones y ámbitos del saber demuestra que la universidad, hoy más que nunca, está llamada a tomar el timón del destino de la humanidad. Profesores y estudiantes de otros tiempos han fijado en los avances científicos la piedra angular del progreso humano y por ello debemos evitar la fragmentación del conocimiento universitario. Ante las tentaciones de convertir a las universidades en centros de formación tecnificada, de fuentes de las que sólo salen empleados de las empresas globales bajo el rotulo del "emprendimiento", la universidad tiene la obligación de visualizar la proyección de su futuro inmediato mediante la emancipación política.

Dentro del contexto local de cada universidad, el poder político exógeno de la universidad ha influido de forma más negativa que positiva. Nuestras universidades tienen que admitir los repliegues económicos y la disciplina fiscal como rehenes de la indisciplina de otros órganos de la gobernanza. Y se nos pide a los universitarios que compitamos en ámbitos internacionales con herramientas rudimentarias del conocimiento.

Es por estas razones que un papel más efectivo de la universidad comienza por tomar con la mayor seriedad nuestra labor de investigación y educación en la cosmogonía universitaria, esa que existe desde Bolonia. Los universitarios debemos aspirar a mejorar la sociedad. Justo Sierra lo establece así:

Quando el joven sea hombre es preciso que la Universidad, o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción, que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio el espíritu y la materia (Sierra, 2004, p. 23).

Considero que es un buen momento para retomar las palabras del creador de la Universidad Nacional. Las universidades no pueden cerrarse sobre sí mismas y abandonar sus fines sociales y el progreso de todos los sectores. Ante los cambios y los movimientos políticos, bajo el sano juicio de la crítica objetiva y propositiva, la agenda universitaria debe ser la agenda de los agentes de la gobernanza.

Todos los poderes públicos deben confluir en la universidad como ese espacio reflexivo y donde todo se analiza sin otra ideología que la verdad científica. Nunca ningún país que presuma progreso, lo ha hecho sin el soporte de sus universidades. Es por ello que, si tomamos en serio el papel de la universidad, han de ser nuestros muros los pilares del conocimiento con fines comunitarios, una nueva ciencia de la emancipación material y un regreso a la formación del ser humano y sus deberes, como agente de reconfiguración de su entorno. Los peligros de la época actual lo demandan, y la universidad cuenta con la solvencia intelectual para hacerlo. ¡Manos a la obra!

Referencias

Sierra J. (2004) *Discurso Inaugural de la Universidad Nacional*, México: UNAM.